

Lo que sea de cada quien

Todos queremos ver a Borges

Vicente Leñero

Me dirigía a la oficina de Miguel Ángel Granados Chapa cuando me atrapó la mano de Julio Scherer a la entrada de *Excélsior*.

— ¿Quieres ir a cenar con Borges?

En diciembre de 1973, Jorge Luis Borges visitaba México acosado por un revuelo espectacular. Todo mundo quería estar cerca de él para verlo, tocarlo, entrevistar-lo, pedirle un autógrafo, preguntarle qué piensa de que no le hayan dado este año el Premio Nobel.

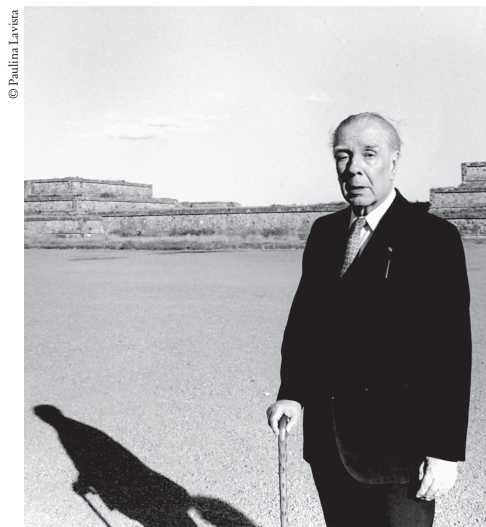
“Se supone que me paso la vida pensando en recibir el Premio Nobel —dijo Borges a la escritora argentina María Esther Vázquez—. Cada año, cuando dejo de recibirlo, cosa que estoy previendo y estoy deseando, creen que es una especie de golpe espantoso, que apenas puedo sobrevivir a ese año que se repite periódicamente desde 1899, cuando nací”.

En el auto de Julio llegamos hasta la Zona Rosa al departamento de Fausto Zapata, subsecretario entonces del presidente Echeverría.

Zapata había organizado una cena íntima, buffet informal, para que unos cuantos “elegidos por los dioses” conversáramos con el genio durante un cachito de noche.

El grupo era ciertamente reducido: el propio Fausto Zapata que nos vapulearía luego durante el golpe a *Excélsior*, el imprescindible Carlos Monsiváis despatarrado en la alfombra, Julio Scherer entusiasta como siempre, Ricardo Garibay bebiendo vodka con prepotencia y yo, de colado de última hora.

Acompañado por una mujer sesentona en funciones de lazarillo, Borges llegó quince minutos más tarde de lo convenido. Dijo algo sobre las piedras de Teotihuacán que había tentaleado por la mañana, y fue a esconderse en una habitación interior a tele-



Borges en Teotihuacán, 1973

fonar a Buenos Aires, preocupado como estaba —aclaró— por la salud de su madre ancianísima quien habría de morir año y medio después, a los noventa y nueve.

De regreso, la mujer lazarillo lo hizo sentar en un sillón al centro de la pequeña sala, y tras compartirnos breves lamentos por su madre, Borges propuso un juego que nos desconcertó a todos.

¿Qué cuentista moderno consideraba cada quien como fundamental en la literatura universal?

En alarde de erudición, Monsiváis y Ricardo se soltaron a citar obras y autores, alternando con los que dejaba caer Borges como dardos. Julio y yo permanecíamos en silencio, no se diga Fausto Zapata.

Quiroga, Onetti, Chéjov, ¡Henry James! —interrumpió Borges—. Rulfo, Ribeyro, Lugones, ¡Chesteron! —interrumpió Borges—. Melville, McCullers, Katherine Mansfield, ¡O. Henry! —interrumpí yo. Y para mi vanagloria Borges exclamó: ¡Claro está, O. Henry!

Cenamos sangüichitos, tortitas miniatura y pastel mientras seguían resonando

autores y cuentos que todos presumíamos recordar al detalle. Garibay se explayaba con los japoneses y Monsiváis con los árabes o con los norteamericanos de la última hornada que inventaba de seguro porque nadie, ni Borges, los había oído citar siquiera.

Para disimular su ignorancia y en su papel de orgulloso anfitrión, Fausto Zapata propuso un nuevo juego, éste sí emocionante.

Extrajo un LP de su repleto portadiscos y lo montó en la tornamesa de un reproductor. Era una grabación de *Voz viva de América Latina*, aquella excelente colección de la UNAM, en el que la voz pausada y pastosa de Jorge Luis Borges leía un texto propio, celebrísimo.

Borges se emocionó de inmediato: le floreció una lágrima en su ojo ciego.

Relaté el episodio en *Los periodistas* mejor de lo que puedo hacerlo ahora:

Al otro Borges, a Borges, es a quien se le ocurren las cosas. Yo camino por Buenos Aires y me demoro, acaso ya mecánicamente, para mirar el arco de un zaguán y la puerta cancel: de Borges tengo noticia por el correo y veo su nombre en una terna de profesores o en un diccionario biográfico: recitará el Borges del disco y repetirá en la sala de Fausto Zapata el Borges de labios temblequeantes, de voz sin sonido, de ojos acuosos desbordados en una lágrima que escurrirá por la mejilla de cuál Borges: dos Borges en el desdoblamiento del viejo texto literario, uno más en la lectura capturada por el disco milagroso, otro Borges el oyente de la reunión elitista y un ¿último? Borges en el recuerdo de este párrafo escrito para memorizar al Borges último de aquella noche en el departamento del subsecretario de la presidencia. U